

La ciudad: el predominio de la reunión

Nuestra óptica “profesional” respecto a la ciudad nos hace a veces perderla de vista. Recuerdo un comentario que le escuché hace algunos años a Manuel Ribas Piera, el que fue nuestro primer profesor de urbanismo en la Escuela de arquitectura de Barcelona, y era algo así: “empleamos más tiempo en pensar y en hablar de la ciudad que no en verla”. En aquella época valoré esencialmente el hecho de cuanto la ciudad formaba parte de nuestras reflexiones y de nuestras explicaciones, de hecho, la ciudad era una especie de fluido en el que todo parecía flotar adecuadamente, la arquitectura especialmente. Ese fluido daba coherencia, establecía relaciones y permitía argumentar cosas que tal vez la arquitectura por sí sola no conseguía tan adecuadamente. Sobre esto no había vuelto a pensar hasta que en los últimos años me he encontrado con la obligación de argumentar para encauzar los trabajos de los estudiantes en el máster del Departamento de Proyectos Arquitectónicos en la Escuela de Barcelona. Ha sido entonces que me he dado cuenta de que el comentario de M. Ribas Piera se podía entender también como: “vemos poco” la ciudad.

El campo de trabajo en las últimas ediciones del máster ha sido mayoritariamente sobre Barcelona, concretamente sobre partes, enclaves, cruces, calles o elementos de la ciudad que tienen cierta coherencia, y sobre estos lugares los estudiantes desarrollan sus trabajos. En éstos el enfoque es esencial y podría resumirse así: volver a mirar esas partes hasta distinguirlas claramente, mirar hasta que aparezcan con nitidez, dejando que nuestros ojos hagan algo parecido a cuando empiezan a ver según se acostumbran a la penumbra de una habitación. Mirar hasta que aquella parte de la ciudad tome una entidad suficiente como para convertirla en un objeto de estudio y hacerlo sin que el enfoque del trabajo sea sólo histórico o urbanístico, desarrollarlo hasta que ciudad y arquitectura se vuelvan una sola cosa.

En este proceso de “reconocimiento” de la ciudad a mi modo de ver tienen importancia algunas cosas. Una de éstas es que los lugares tienen interés algunas veces a pesar de no ser “interesantes”, por decirlo de algún modo. Son lugares que parecen banales o vulgares, en algunos casos lugares por los que hemos pasado muchas veces pero que no hemos visto interesadamente, como por ejemplo, en el caso de Barcelona, la plaza de Cataluña, la Vía Layetana o la plaza de España. Lugares, a veces, que creemos feos, tal vez porque no los hemos mirado con la atención debida. ¿Cómo deberíamos hacer para que la Gran Vía de Madrid, por ejemplo, la viéramos como la Gran Vía de Antonio López?

No hay que ver la ciudad solo con el objetivo de proyectar, no ver para diagnosticar las deficiencias de un lugar, muchas veces inventadas o exageradas, para justificar una intervención. En este sentido el propósito de los trabajos del master no es tanto proyectar sino entender un lugar como lo debería entender el que tuviera que redactar las bases de un concurso para actuar sobre él. Conocerlo como para entender que las intervenciones sobre la ciudad deben sumar, deben contribuir a añadir capas, entender nuestro trabajo como un trabajo de colaboración para el cual es imprescindible entender. Ver y entender para evitar proyectar.

Otra es que estos lugares hay que andarlos, hacer de la experiencia algo consciente. Andarlos y recorrerlos, pero hacerlo con una conciencia atentísima, andar por una calle como Humbolt por el Orinoco, con todos los sentidos en estado de alerta y si cabe con

los sentidos de un ingenuo que ve por primera vez. Algo parecido a las observaciones de Robert Smithson sobre el Passaic. Esto es importante porque al recorrer la ciudad hay cosas que vemos antes y otras después y resulta asombroso que lo que hemos visto después condiciona lo que ha llegado antes, por eso la experiencia es importantísima. Al hacerlo nos damos cuenta de que los dibujos que hacemos de las partes de la ciudad son esenciales y que hay que forzarlos para que en ellos quepan todas nuestras observaciones. Hay que huir del dibujo que me permite ver desde la tranquilidad y la distancia de casa aquella parte de la ciudad, sobre el plano, que palabra tan adecuada para ilustrar, en este caso, una limitación. Aparecen entonces dibujos nuevos, que son más mapas que planos, más recetas que instrucciones. Usando un símil quirúrgico, los dibujos que solemos hacer muchas veces son buenos recogiendo información para “operar”, pero se olvidan de recoger el nombre del enfermo.

Estas mismas dudas sobre la atención que dedicamos a mirar la ciudad me han venido a la cabeza al escribir estos últimos años una crítica quincenal de arquitectura en el suplemento cultural de la edición para Cataluña del diario El País. En el transcurso de escribirlos, he usado la ciudad como el elemento de conexión, no ya de la arquitectura con la ciudad sino de la arquitectura con los lectores. La ciudad, por otro lado, tiene una cualidad particularmente interesante y apropiada para hablar de arquitectura y es que es el predominio de la reunión, de la suma de cosas. La ciudad no es la individualidad. En la ciudad predomina lo relacional, vemos las cosas, los edificios, si, pero los vemos a la vez, unos en relación con los otros, al lado o delante, antes o después, permitiendo que la memoria conecte experiencias. Edificios notables y edificios banales, pero que juntos forman conjuntos magníficos. Esta es la mejor paradoja de la ciudad. La arquitectura aprende a modularse y a acoplarse a esta realidad. Cuando no lo hace, surgen conjuntos esperpénticos, es por eso que la suma de edificios singulares pueden dar lugar a una vistosa Exposición Universal, pero dan una ciudad horrorosa, publicitaria y mediática, afligida por sorpresas innecesarias. Esta es con toda probabilidad una de las mejores lecciones de la ciudad.

Xavier Monteys